
ALGUNOS EFECTOS SOCIOPOLITICOS DE LA INMIGRACION RURAL EN LAS RELACIONES INTRAURBANAS*

José Cazorla Pérez

Introducción

Como es sabido, las características principales del cambio social experimentado en las últimas décadas son dos: ha alcanzado amplitud global y se ha acelerado. Aceleración que algunos sociólogos contemporáneos han interpretado como diez veces superior a la de épocas anteriores. Es decir, que en estos últimos años cada diez han equivalido al cambio experimentado en otro tiempo a lo largo de todo un siglo.

Una de las consecuencias más evidentes de este fenómeno se ha producido en los trasvases sin precedentes de población desde el medio rural al urbano, que han sido los principales factores del inusitado crecimiento de las ciudades en casi todo el planeta y en particular en ciertos países, como veremos después.

Pero no siempre ha sido así. El elemento más importante en el cambio social, que ha provocado este gigantesco incremento urbano, con todas las consecuencias que acarrea, ha sido la transformación de las funciones que la ciudad ejerce como resultado de los avances tecnológicos y, por tanto, la modificación de las relaciones que mantiene, tanto con su ámbito exterior como en el interior de ella.

En la ciudad que cabría denominar tradicional, hasta hace relativamente poco tiempo, incluso en el mundo occidental, había una estrecha relación con el entorno

* Ponencia presentada al Primer Seminario Internacional de Planificación de Grandes Ciudades. Ciudad de México, abril 27-29, 1981.

rural-agrícola. Las diferencias rural-urbanas eran mucho menores que hoy, y en el fondo, como dice Ginsburg, «las ciudades pequeñas eran copias reducidas de las mayores, tanto en su forma como en sus funciones»¹. Dicho de otro modo, todas eran multifuncionales, con actividades de producción diversificadas, comerciales y administrativas.

Como bien señala Hawley², la expansión urbana es un proceso que ofrece dos aspectos. Por una parte, «supone el crecimiento de un centro administrativo y de servicios», y por otra, significa «la ampliación del área sometida a la influencia del centro». Asimismo, implica «una elaboración de la división del trabajo, una complejidad creciente de la organización y un aumento en escala de todas las unidades sociales creadas por los hombres».

El hecho es que durante la mayor parte del tiempo de permanencia de la humanidad sobre el Globo, los caracteres de los grupos que la componían han sido muy semejantes a los descritos por Redfield³. Las ciudades no sólo eran escasas y poco voluminosas, sino que —y esto es aún más importante— se encontraban, por así decir, «ruralizadas». Las pautas culturales del medio rural pesaban de tal modo sobre los centros urbanos, que éstos sólo mostraban rasgos característicos propios en contados aspectos. Por ejemplo, buena parte de la población urbana se dedicaba habitualmente a faenas agrícolas en los alrededores de la ciudad; diariamente penetraban en ellas los campesinos de las cercanías; era frecuente que en época de recolección se movilizasen gentes dedicadas por lo usual a otras actividades, y, en suma, los menestrales, soldados, artesanos, comerciantes, profesionales y burócratas constituían las más de las veces una proporción no muy considerable del total de ciudadanos. Esto, por supuesto, varió mucho en el tiempo y en el espacio. Agudamente ha hecho notar Max Weber cómo en China el mantenimiento de la jurisdicción y los lazos religioso-familiares con la aldea de procedencia por parte de quienes emigraban a los medios urbanos impidió el surgimiento en las ciudades de un sentimiento de comunidad basado en la participación en unos mismos derechos y deberes. Ello obstaculizó la autonomía política de las ciudades chinas y, en suma, la aparición en ellas de las características propias de lo urbano, que en Europa comenzaron a hacerse manifiestas, en especial desde el Renacimiento⁴.

En el mundo occidental fue mucho más rápido el proceso de urbanización, pero

¹ GINSBURG, N., *The City and Modernization*, en el reader dirigido por M. WEINER, *Modernization* (New York: Basic Books, 1966), p. 128.

² A. H. HAWLEY, *La estructura de los sistemas sociales* (Madrid: Ed. Tecnos, 1966) páginas 101 y ss. La descripción que en las páginas siguientes de esta obra hace Hawley respecto a la dinámica del proceso, es verdaderamente magistral. En este sentido es también importante su obra, algo más antigua, *Ecología humana* (Madrid: Ed. Tecnos, 1962). (El original de esta última es de 1950.)

³ El "tipo ideal" de la *folk society* era descrito por Redfield como una comunidad "pequeña, aislada, iletrada, homogénea, con fuerte sentimiento de solidaridad". Véase R. REDFIELD, "The Folk Society", en el *American Journal of Sociology*, n.º 52, 1947, páginas 293-308.

⁴ Es muy importante en este sentido la obra de Eliel SAARINEN *La ciudad, su crecimiento, su declinación, su futuro* (México: Ed. Limusa Wiley, 1967, cuyo original es de 1943). En otro sentido, es igualmente esencial la de Max WEBER, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, en que se demuestra el juego de causas profundas que condujo a la aparición de una clase innovadora e indirectamente a la prosperidad de sus lugares de residencia.

sólo en el siglo pasado puede ya hablarse con propiedad de grandes ciudades. Es entonces cuando se hace quizá más patente el contraste rural-urbano de lo que había sido antes y de lo que sería ya jamás. Por un lado, las ciudades se encontraban en aquella época concentradas, por así decir —el término «casco urbano» tenía entonces mucho más sentido que ahora—, y dependiendo en alto grado de una creciente industrialización, vuelven hasta cierto punto la espalda al campo. Por otro lado, el medio rural continuaba su pauta secular de vida con escasos cambios, según comportamientos tradicionales, frente a los predominantemente racionales de la comunidad urbana, en la distinción weberiana. Con algunas excepciones, como Londres por ejemplo, la esfera de influencia de la ciudad sobre su *hinterland* ha crecido proporcionalmente mucho menos que su volumen real. Es decir, en numerosos puntos del mundo occidental, a finales del siglo pasado se daba la mayor aproximación posible a los tipos ideales de lo rural y lo urbano, a muy pocos kilómetros uno del otro.

Pero este «equilibrio» iba a romperse para, en un brevísimo período de tiempo, más o menos medio siglo, pasar al extremo opuesto: la urbanización creciente y masiva del medio rural. Y ello tanto por el crecimiento gigantesco de las ciudades cuanto por la generalización de los modos de vida urbanos, gracias a los nuevos transportes y medios de masas.

Este crecimiento de las ciudades, así como el constante aumento de su número, fue resultado básicamente no sólo del perfeccionamiento de los medios de transporte, sino también de la capacidad independiente de producción de energía (a partir de la máquina de vapor), que permitió el montaje de factorías en las ciudades. La fácil transmisión posterior a éstas de energía eléctrica y su creciente importancia como centros de consumo multiplicó en el mundo occidental sobre todo la presencia de industrias, en una rápida espiral ascendente en que se vinculaban intereses económicos, relaciones de producción y factores culturales.

Salvo en algunos países muy avanzados, en que las comunidades pequeñas mantienen parcialmente sus propios medios de expresión, en la gran mayoría de los Estados actuales la influencia de la gran ciudad en la cultura es aplastante. En ella se crea y desde ella se difunden a través de los medios de masas las más variadas manifestaciones de la información, las artes y el pensamiento.

Tan grande es este influjo que, en opinión de Wirth, todos los modos de vida de la sociedad moderna son ya urbanos. Y como es sabido, uno de los índices más claros de desarrollo es el grado de urbanización, con una correlación estimada entre ambas variables en 0,86 por K. Davis y H. H. Golden.

Sin embargo, es preciso establecer algunas matizaciones en este tema, porque ni el desarrollo ni el grado de urbanización de una sociedad son directamente comparables en todo el Globo. Y, lógicamente, las consecuencias de uno y otro en el interior de las grandes ciudades ofrecen muy importantes diferencias y contrastes.

El contraste rural-urbano en algunos países desarrollados: subcultura y valores

En algunos países, como Inglaterra, Francia y Estados Unidos, existe una valoración muy positiva de la vida en el medio rural, frente a la imagen, mucho más

frecuente en Latinoamérica e incluso España, en que se exalta la vida urbana como muy superior a la rural. Estas diferencias, como luego veremos, provocan resultados muy distintos en la convivencia dentro de la comunidad urbana.

Ejemplo de la primera perspectiva es el estudio de Vidich y Bensman sobre la localidad de Springdale, que en 1958 tenía una población de unos 3.000 habitantes⁵. Se apreciaban en ellos una serie de adhesiones expresas a un conjunto de valores: igualitarismos, honradez, juego limpio, buena vecindad, sobriedad y vida moderada. Los habitantes de Springdale desconfiaban por el contrario de los campesinos que vivían en la montaña, lejos de la comunidad; de los intelectuales, de los introvertidos y de quienes siempre tratan de imponer sus ideas. Se admite por ellos un cierto grado de no conformismo y de amable excentricidad, pero en tanto en cuanto no interfiera con el normal funcionamiento de la población. Se exalta y se pretende asumir, en fin, las cualidades que adornan al hipotético *average folk*, cualidades que por tanto se supone poseen la mayoría de las personas. Constantemente se subraya en esta comunidad rural tipo el aspecto positivo de la vida: el periódico local jamás habla de delitos, embargos o suicidios locales. En toda situación pública se realzan las cualidades humanas, de cooperación, etc. Es decir, existen dos canales de comunicación, cada uno de los cuales sirve a propósitos distintos. El canal público cumple la función de reforzar la solidaridad y mantener la confianza de la comunidad en sí misma, sobre la base de los valores ideales del «credo americano». El ama de casa de la «élite» local, que pertenece a un club de lectoras muy exclusivo, se ve obligada a justificar tal exclusivismo frente al proclamado ideal igualitario alegando que no es que ella y los otros miembros deseen discriminar a nadie, sino que «resulta que 16 es el número máximo para un club de lectoras...», pero si alguien desea pertenecer a tal club no tiene más que fundar el suyo propio. Igualmente, a efectos sociales públicos se mide a los individuos no tanto por su riqueza como por «la diligencia y la perseverancia con que persiguen sus fines económicos», lo que indudablemente constituye un valor heredado de la ética protestante.

El canal privado jamás opera ante extraños, y no suele incluir a más de dos o tres personas. La murmuración y la visión crítica de las vidas privadas de los conciudadanos constituyen un substrato oculto y separado de la vida de la comunidad, que nunca es objeto de discusión en público. Se confía tal importancia a las buenas formas, que aun entre personas que se odian, sus relaciones en público dan generalmente la impresión de la mayor amabilidad y comprensión. Los éxitos personales se realzan públicamente; de los fracasos casi nunca se hace mención.

Los habitantes de Springdale creen sinceramente en la superioridad de su propia forma de vida sobre la de la ciudad, en torno a la cual poseen profundamente afinados toda una serie de estereotipos.

Por un lado, creen sinceramente que la «herencia americana» se mantiene y expresa mejor en el medio rural, de tal manera que éste constituye una especie de reserva contra todos los «ismos» e influjos «extraños» que la amenazan. Igualmente es común la convicción de que casi todos los grandes hombres del medio urbano

⁵ VIDICH, A., y BENSMAN, J., *Small Town in Mass Society* (Princeton Univ. Press, 1958).

proceden del campo, de manera que éste es en realidad motor del progreso nacional.

Por el lado opuesto, los estereotipos referentes a la ciudad subayan su fría impersonalidad, sus efectos perniciosos sobre la vida familiar, su corrupción política y la influencia oculta de los «rojos» y ateos, el hecho de que está repleta de burócratas y parásitos y, en suma, que en ellas se originan la mayoría de los problemas que luego repercuten en la vida rural⁶.

Por lo más curioso es el papel que los medios de masas urbanos juegan en la creación de aquellos estereotipos: la televisión, la radio, la prensa y el cine —todos producidos por hombres de la ciudad en la ciudad— presentan inevitablemente un granjero⁷ capaz, religioso, tolerante, afectuoso y buen marido y padre, que vive en un medio libre de las tensiones, luchas y complejidades que pesan sobre el habitante de la ciudad (y por tanto sobre el autor mismo del estereotipo).

Esta visión peyorativa de la vida urbana a que nos hemos referido, aunque no exclusiva de Estados Unidos, tiene allí una antigua tradición. Jefferson señalaba que «las muchedumbres de las grandes ciudades contribuyen tanto al sostén del Gobierno puro cuanto las úlceras a la fuerza del cuerpo humano. Lo que mantiene el vigor de una república son las costumbres y el espíritu de un pueblo». Por su parte, Sullivan describe su reacción infantil ante la Boston de 1870 en términos inequívocos: «La ciudad de Boston lo engulló. El efecto fue inmediatamente desastroso. Lo mismo que uno podría trasladar una planta floreciente del aire libre a un sótano sombrío, aprisionándola en él, los miasmas de la ciudad grande enveneraron al muchachito agudamente sensible a su medio circundante. Se agostó; las hojas y capullos de la ambición cayeron de él.» En otro lugar, califica a Nueva York y Chicago «como fenómenos representativos de ciertos abortos de la democracia». Para no hacer interminable esta enumeración de opiniones, terminaremos con la de Frank Lloyd Wright, para quien «observar el corte transversal de cualquier plano de una gran ciudad equivale a observar algo así como el corte transversal de un tumor fibroso»⁸.

Junto a este simplista contraste de lo rural y lo urbano, en el habitante del campo se aprecian a la vez resentimientos y actitudes de impotente dependencia respecto al predominio urbano. Las decisiones políticas y económicas que afectan más su vida se toman siempre en las ciudades, y a ellas acude también para distraer sus ocios y para adquirir sofisticados artículos de consumo. Se da así una ambivalencia en las convicciones del habitante rural norteamericano, quien se debate cons-

⁶ H. J. GANS, "Urbanism and Suburbanism as Ways of Life: A reevaluation of Definitions", en el *reader* de P. I. ROSE *The Study of Society* (New York: Random House, 1867), p. 315.

⁷ En los países anglosajones se usa de manera generalizada el término "granjero" ("farmer") para referirse a las personas activas en el sector primario, por término medio. Adviértase la implicación social que ello tiene, ya que no sólo carece de las connotaciones peyorativas de nuestro "campesino", "rústico" y demás, sino que además presupone —con gran fundamento, ciertamente— la posesión de unos medios de cultivo y/o tenencia de la tierra, e incluso ganadería. Esto se aleja mucho de la desnudez económica que ha venido afligiendo a gran parte de los agricultores de muchos países.

⁸ Citas extraídas de M. y L. WHITE, *El intelectual contra la ciudad* (B. Aires: Ed. Infinito, 1967), pp. 22 y 185-187. Se recogen en esta obra centenares de opiniones calificadas, similares a las que sólo a modo ilustrativo hemos recogido.

tantemente entre su desagrado ante la imagen de la ciudad —en contraste con la propia— y su dependencia de ella.

Como es sabido, han sido numerosos los estudios realizados en Estados Unidos sobre comunidades pequeñas o de tamaño medio, encabezadas por los ya clásicos de Middletown y Yankee City⁹. Más recientemente se está haciendo notar un mayor interés por estudios de suburbios, como forma de convivencia tan extendida en la vida norteamericana, que alguien ha llegado a decir, un tanto irónicamente, que «la cultura americana, de urbana, está convirtiéndose en suburbana». Precisamente en base a una comparación entre la ciudad y los suburbios, Gans ha señalado ciertas limitaciones a las conocidas generalizaciones de Wirth sobre las relaciones sociales en la ciudad. Dependen en alto grado los distintos tipos de éstas de las diferencias —a veces muy acentuadas— que se dan entre unas y otras zonas de un mismo medio urbano. Parece claro que la heterogeneidad y la transitoriedad de los habitantes de algunos distritos —barrios de aluvión, inmigrantes, zonas pobres— hacen actuar en función de roles segmentarios, estrictamente orientados a la obtención de los servicios locales de que se trate. Por tanto, es allí donde se aprecia mayor anonimato, superficialidad e impersonalidad en las relaciones. Pero estas características *no son propias de la ciudad en su conjunto*, sino sólo de aquellos puntos en que mayor heterogeneidad y transitoriedad se dan en los pobladores.

Ahora bien, en los residentes de los suburbios la homogeneidad es mucho mayor, hasta el extremo de que el lugar de residencia constituye en Estados Unidos uno de los más claros signos de *status*.

Las relaciones sociales no son en los suburbios claramente primarias ni secundarias; son pseudo-primarias, porque aparentan desde el primer momento la intimidad de las primeras pero en realidad se producen desde roles secundarios. Propone por ello Gans el término «quasi-primarias» para calificarlas, señalando cómo en los suburbios siendo perfectamente urbanos, como modo de vida, existe muy poco anonimato, impersonalidad o intimidación y sí por el contrario predominan abrumadoramente el conformismo, la homogeneidad y la altero-dirección¹⁰. Y adviértase que los suburbios residenciales ocupan en la actualidad una buena parte de la super-

⁹ LYND, R. S., y H. M., *Middletown: A Study in American Culture* (New York, 1929), y también *Middletown in transition* (New York, 1937); W. LLOYD WARNER y Paul S. LUNT, *Social Life in a Modern Community* (New Haven: Yale University Press, 1951). Sobre el suburbio, véase H. WARTELL, *Levittown: A Suburban Community*, y, en general, el *reader* en que se encuentra incluido, ed. por W. M. DOBRINER, *The Suburban Community* (New York, 1958).

¹⁰ GANS, *op. cit.*, pp. 311-312. En "Sobre ciudades españolas", de su volumen *La ciudad y el campo*, Julio CARO BAROJA (Madrid: Alfabeta, 1966) hace notar que no cabe confiar en la simplificada oposición, entre el carácter aislado de las pequeñas comunidades y la aparente heterogeneidad de las ciudades. Y añade: "Esto puede ser verdad hasta cierto punto en una época como la actual y en determinados países. Pero no sirve como patrón general para distinguir a todas las sociedades ciudadanas de todas las sociedades campesinas. A veces en la ciudad se han dado casos extremados de sumisión a normas y patrones colectivos, generales: ha habido ciudades muy poco secularizadas, con una población con tendencia poco o nada individualista. Ha habido ciudades cerradas, herméticas; y no se diga ya barrios como pueden ser las juderías y otros semejantes. La ciudad es algo, en suma, mucho más complejo y difícil de definir de lo que nos dicen bastantes de los historiadores, urbanistas y sociólogos que se han ocupado de ella" (*op. cit.*, p. 198). Agradecemos desde aquí a este destacado tratadista español algunas importantes sugerencias con relación al presente trabajo.

ficie de las ciudades norteamericanas y que ésta está en una tendencia en constante crecimiento en aquel país, en especial desde la segunda guerra mundial. Ello contribuye decisivamente también a la falta de diferenciación dentro del continuum rural-urbano que antes mencionábamos, de tal modo que a menudo resulta preciso establecer sus límites de modo puramente convencional.

El incremento urbano en otras sociedades: subcultura y valores

Al contrario que en la mayoría de los países europeos, muchas de las grandes ciudades actuales en otros continentes no tienen una tradición de vida urbana como tal, sino que son relativamente modernas, siendo a veces resultado de la influencia comercial y/o política europea sobre ciertos lugares situados estratégicamente con respecto al resto del país. Tal es el caso de ciudades como Bombay, Calcuta, Manila u Hong-Kong. Pero lo importante es que en estos casos de colonización o por otras razones, no se ha producido una industrialización que ha hecho surgir las características propias del desarrollo urbano moderno con una eficiente red de comunicaciones, conexiones rápidas entre centros comerciales, ubicaciones especializadas para determinadas actividades, centros de servicios públicos separados de los gubernamentales, marginación de los otrora importantes lugares de culto y proliferación de suburbios con viviendas unifamiliares y altos niveles de renta.

Por el contrario, y a pesar de su gran tamaño y constante crecimiento, estas ciudades —en Asia, Africa, Latinoamérica e incluso aisladamente en Europa— presentan caracteres muy diferentes. Ante todo, suelen asemejarse más al tipo de ciudad preindustrial, y aun en ellas puede haber un número relativamente alto de personas dedicadas a actividades agrarias ejercidas no lejos de la ciudad, propiamente dicha. En el sur de España, por ejemplo, hay numerosas poblaciones que, con un número de habitantes situado entre los 25.000 y los 50.000, mantienen todavía hoy en el sector primario a casi las tres cuartas partes de aquéllos. Son las llamadas por algunos sociólogos y antropólogos *agrotowns*, que si resultan raras en el continente europeo, son mucho más usuales en otras latitudes.

En la ciudad «preindustrial» no siempre se da una clara separación de clases sociales según distintas zonas de ella: el espacio suele encontrarse poco especializado por funciones, la planificación es inexistente o se ve constantemente rebasada por la llegada de inmigrantes y el desarrollo de áreas suburbanas residenciales suele ser muy reducido. No pocas veces la afluencia masiva de personas procedentes del medio rural confiere a barrios enteros de la periferia urbana un aspecto no muy distinto del que tenía su localidad de origen. En España, de nuevo, el trasvase de pueblos andaluces casi enteros a suburbios industriales de Barcelona y otros lugares de la región catalana (con una población de origen andaluz que es en este momento superior a un tercio de la total en ésta) ha supuesto paralelamente el trasplante de modos de vida, costumbres, actividades y aun festividades que, al cabo de cuatro o cinco décadas, se mantienen casi íntegras y sólo poco a poco van siendo influidas por la cultura urbana propiamente dicha. En esta acción, particularmente acentuada en los últimos años, no sólo presiona el propio entorno social, sino los medios de masa, como apuntábamos antes.

Quizá más interesante sea, a este respecto, el contraste con la perspectiva anglosajona respecto al medio rural y que no sólo en España ofrece características opuestas.

No se da un paralelo entre los caracteres específicos de igualitarismo, visión positiva de la vida y creencia en la propia superioridad de la forma de vida respecto a la ciudad entre ambos medios rurales. En el español, al contrario que en el americano, no se hace explícita una ideología de creencia en la igualdad social. Parece predominar más bien una visión jerárquica de la estructura social, resultado de una mayor impermeabilidad de las capas sociales y al mismo tiempo de la coexistencia allí desde tiempo inmemorial de unas reducidísimas clases alta y media y una gran mayoría de gentes de clase trabajadora. Más adelante nos referiremos por extenso a esta cuestión. La visión que en nuestro medio rural se ha tenido de la vida ha presentado también un matiz más bien fatalista o, dicho de otro modo, exento de la pátina que la ética protestante ha impreso a mayor o menor profundidad en todos los sectores de los países anglosajones —extendida hoy a todos los desarrollados como un aspecto más de la socialización— y uno de cuyos caracteres relevantes es la convicción de que la propia capacidad puede llevar al triunfo. En cuanto a la comparación con la forma de vida de la ciudad, la diferencia no puede ser más extrema. Y ciertamente posee un claro fundamento. La escasez de servicios públicos y de oportunidades económicas, los limitadísimos horizontes que se abren al habitante del medio rural, en modo alguno le permitirían una visión optimista de su forma de vida frente a la urbana, a más de que la totalidad de las decisiones económicas y políticas —y no sólo una mayoría de ellas, como en Estados Unidos— le sean impuestas desde la ciudad. Para colmo, nuestros medios de comunicación de masas presentan —a la inversa que en América— una visión mejorativa de la ciudad. Por citar un solo caso, una importantísima proporción de las emisiones de TV española se refieren o recogen directa o indirectamente no ya acontecimientos, personajes o situaciones urbanos, sino madrileños. A juzgar por lo que en tan importante medio de socialización se refleja, cabría pensar que en Madrid viven las tres cuartas partes de los españoles y que el resto vive en unas pocas grandes ciudades. O quizá es que las decisiones se imponen a la totalidad de los españoles precisamente en esta misma proporción.

Vemos, pues, que el habitante del medio rural tiene por lo regular pocos motivos de sentirse satisfecho en su localidad original y que la ciudad significa para él, si no una visión esplendorosa, sí al menos unas mejores perspectivas en los órdenes educativo, de estabilidad laboral, eventual ayuda de las instituciones benéficas y mejores servicios públicos. En cuanto a alguno de los otros aspectos que citábamos con relación al medio rural norteamericano, la simple existencia de una prensa local constituye también un interesante indicio. No es preciso insistir aquí en las importantes funciones que cumple, no ya en el aspecto informativo, sino en el de reforzamiento de la cohesión local y la persistencia de unos valores que se comparten y se aprecian ¹¹.

¹¹ Véase J. CAZORLA, "Las subculturas rural y urbana", en *Sociología española de los años setenta* (Madrid: Foessa, 1971). En las páginas anteriores se han reproducido, actualizándolos, algunos párrafos de este trabajo.

Naturalmente, toda esta ilustración del caso español no implica que se dé en el país una situación enteramente similar a la de otras zonas del mundo, ni siquiera en las regiones andaluza o extremeña, pero sí que algunos de los caracteres que se han atribuido a los fenómenos urbanos de los países en desarrollo son a menudo aplicables también parcialmente incluso a regiones europeas, particularmente en la Península Ibérica, Grecia, Yugoslavia y el sur de Italia.

Y es que, en estos países, al igual que en muchos puntos de Latinoamérica y Asia, *el denominador común radica en la desigualdad social resultante de una defectuosa distribución —en frase de Engels— de los «medios de empleo»*. Las crecientes tasas de paro rural han tenido hasta hace tres o cuatro años una válvula de escape en Europa con la emigración desde el Sur a las regiones más desarrolladas del centro del continente. Con todo, las ciudades del norte de España e Italia, Lisboa y otras han experimentado un incremento resultante de la migración interior que a mediados de los años setenta se calculaba en dos o tres inmigrantes por cada nuevo puesto de trabajo que entraba en la oferta.

Lógicamente, esta presión ha sido mucho mayor fuera de Europa, especialmente en Latinoamérica, donde no sólo no existía la posibilidad —más que en muy pocos casos, como México— de la emigración internacional, sino que la oferta de empleo es menor y la presión demográfica mayor por causa de la más alta tasa de natalidad. Pero en el área mediterránea y latinoamericana se dan fenómenos comunes hasta cierto punto. La mayor parte de los inmigrantes del medio urbano se emplean en servicios subalternos y las ciudades les ofrecen pocas oportunidades de incorporarse a actividades verdaderamente productivas. Como acertadamente dice Wiener, no hay una verdadera asimilación del inmigrante: las ciudades crecen desordenadamente, y el resultado es que *puede haber urbanización, pero no siempre urbanismo como forma de vida*.

Y de aquí que el papel de estas ciudades en cuanto transmisoras de una mentalidad modernizante sea muy inferior al de otros puntos más desarrollados del mundo occidental. Pero si además el inmigrante al medio urbano no encuentra en éste capacidad para hacer frente a sus expectativas en cuanto a empleo, servicios sanitarios y educativos, vivienda y transporte, cuyas carencias fueron lo que precisamente le indujo a marcharse de su lugar de origen, su actitud puede cambiar y desembocar a nivel colectivo en tensiones sociales, como veremos después, que difícilmente se hubiesen dado en su localidad natal.

Por eso es preciso señalar que se dan diferentes tipos de fenómenos conexos con los procesos urbanos, según el grado en que el medio sea capaz de hacer frente a las expectativas de sus habitantes, sobre todo los inmigrantes procedentes del medio rural. En general, tales fenómenos son clasificables en dos tipos: los de los países más desarrollados económicamente y de regiones o países en vías de desarrollo. Y en estos últimos con una variedad de resultados relativamente mayor que en los primeros ¹².

¹² Aunque no muy frecuentemente, la combinación de algunas de estas circunstancias puede dar lugar a dificultades, incluso en ciudades de los países más desarrollados. Así, por ejemplo, los altos índices de paro y la discriminación racial se unieron para provocar graves disturbios en Brixton, suburbio del sur de Londres, en abril de 1981. Quiere esto decir que las frustraciones colectivas no son exclusivas de la problemática urbana de

Algunos problemas de interrelación y participación comunitaria en los centros urbanos de regiones en desarrollo

Hasta aquí hemos efectuado un contraste entre el volumen y caracteres de quienes en la mayoría de los casos son los principales componentes del crecimiento de las ciudades, es decir, los inmigrantes rurales, comparando la capacidad de acogida, en líneas generales, de los países desarrollados frente a los en vías de desarrollo, con particular atención a la diferente valoración que en unos y otros se da a la forma de vida rural. Vamos ahora a dedicar preferentemente nuestro interés a estos últimos.

Un elemento importante en el proceso de integración de los inmigrantes, y por tanto en el crecimiento urbano, deriva de la disposición del propio emigrante y la respuesta que el sistema político ofrezca a las nuevas fuerzas que surgen en él. Como es sabido, en América Latina y otras áreas del Globo el proceso de urbanización constituye el principal componente de los fenómenos de movilización y desarrollo político¹³.

Cabría suponer con fundamento que el tipo de socialización experimentada por el inmigrante rural condiciona fuertemente sus actitudes y comportamientos a la hora de incorporarse al medio urbano. El mantenimiento en éste de vecindarios de origen similar y aun de la misma localidad, como decíamos antes, sostendría en una «isla cultural» durante toda su vida al inmigrante, separándole de movimientos colectivos, inquietudes y aspiraciones que no fuesen los que más o menos parcialmente, y desde el punto de vista material, la ciudad le ha proporcionado.

Operarían en este sentido con gran eficacia factores psicológicos incorporados tradicionalmente a la subcultura rural, tales como el fatalismo, la rutina, la carencia de expectativas resultantes de la falta de información y, sobre todo, el amoralismo familiar en sus distintas variedades. La desconfianza ante quienes no pertenecen al entorno inmediato de la vecindad, la familia o el trabajo, la resistencia a toda colaboración que no represente un beneficio inmediato para uno mismo o sus allegados, y el rechazo a casi toda forma de asociación y a cualquier persona que diga actuar en beneficio de la comunidad, son obstáculos a menudo insuperables no sólo para el propio desarrollo personal, sino —extendidos a una actitud colectiva— para

las regiones en desarrollo, pero sí mucho más frecuentes en éstas, aunque no necesariamente desemboquen en actos de violencia. En todo caso, los protagonistas de los mencionados incidentes no eran propiamente inmigrantes rurales, sino procedentes de las Indias occidentales, con *status* de residencia más o menos legales. Por otra parte, en muchas ciudades de la República Federal de Alemania ha surgido un subproletariado de inmigrantes mediterráneos, sobre todo turcos, que, contando con un nivel económico muy superior al de sus lugares de origen, se encuentra totalmente marginado y aislado de la sociedad circundante en cualesquiera otros aspectos. Los problemas psicológicos que ello acarrea son graves y las dos razones que impiden que desemboque en violencia son muy poderosas: por una parte, la seguridad de empleo y alto salario, y por otra parte, el temor a la expulsión del país, al no ser ciudadano del mismo, en caso de la más leve perturbación.

¹³ Véase, entre otras muchas publicaciones sobre esta materia, el *reader* coordinado por G. H. BEYER *The Urban Explosion in Latin America* (New York: Cornell Univ. Press, 1967).

el desarrollo de regiones enteras, como nosotros mismos hemos comprobado en el sur de España ¹⁴.

Esta mentalidad subsiste en una gran mayoría de los inmigrantes durante toda su vida en los centros urbanos y sólo se ve atemperada con el paso del tiempo, o se ve modificada ya más sustancialmente en la segunda generación. Y es esta misma actitud la que impide precisamente que las frecuentísimas frustraciones personales lleguen a provocar decisiones cuyas consecuencias, en una radicalización política colectiva, podrían ser muy graves. Dicho de otro modo: el «gap» entre lo que se desearía y lo que se consigue, o en expresión de Davies, entre el nivel creciente de expectativas y la satisfacción de las necesidades puede no sólo ser muy grande, sino incrementarse hasta cierto punto, sin que ello acarree consecuencias de tensión social a escala comunitaria, con sus inevitables secuelas políticas.

La permanencia en un ambiente vecinal no muy distinto del de la localidad de origen puede contribuir poderosamente a la subsistencia de esa mentalidad rutinario-fatalista, cerrada en sus lazos familiares y de «clientela», impermeable a la innovación y a las aspiraciones de participación ciudadana y alejada de los condicionamientos psicológicos que propician la modernización y por tanto el verdadero desarrollo urbano y político. Así lo confirman, por ejemplo, los estudios de Perlman sobre los residentes en las «favelas» de Río de Janeiro ¹⁵.

Esta situación contrasta a todas luces con la existente en suburbios objetivamente mejor dotados de servicios (incluso si no están en la periferia, sino cerca del centro de las ciudades) en países desarrollados, como en el caso de Estados Unidos ocurre, por ejemplo, con Harlem, Watts o el distrito sur de Chicago. Es evidente que sus residentes gozan de un nivel de vida en términos relativos muy superior al de los suburbanos de México, Buenos Aires, Lima o Río de Janeiro, y sin embargo, las manifestaciones de tensión y protesta no sólo son mucho más frecuentes, sino que con cierta frecuencia alcanzan caracteres de violencia.

La conciencia subjetiva, mentalidad o «gap» de aspiraciones juega en este sentido un papel definitivo. Aunque objetivamente el habitante de Harlem disponga de un nivel de vida y servicios muy superior al de Río, subjetivamente se ve a sí mismo muy por debajo del nivel de aspiraciones a que le ha habituado su propia sociedad, y ello produce rupturas psicológicas individuales —que derivan en comportamientos marginales y delictivos— y tensiones colectivas resultantes en motines raciales y similares.

Es claro, pues, el papel que en todo este mecanismo desempeña la psicología del habitante del suburbio, al par que la capacidad del sistema político para alejarlo de ciertas aspiraciones o proporcionarle no sólo determinados bienes y servicios

¹⁴ Este fenómeno se ha analizado por extenso en F. MURILLO, J. CAZORLA y otros, *Estructura social de Andalucía*, vol. I (Madrid: Instituto de Desarrollo Económico, 1970), y más recientemente en J. CAZORLA, "Emigración y subdesarrollo: el contexto socio-político de un fenómeno actual", *Revista Agricultura y Sociedad*, n.º 11, Madrid, 1979). La primitiva tesis de Banfield, que dio origen a este concepto del amoralismo familiar, ha sido objeto de crítica por Pizzorno y otros, pero en sus consecuencias —no en su causalidad— se mantiene con ligeras variaciones en muchas zonas en desarrollo.

¹⁵ PERLMAN, J. E., *The Myth of Marginality: Urban Poverty and Politics in Rio de Janeiro* (Berkeley Univ. Cal. Press, 1976).

materiales, sino la apertura a unas expectativas de participación y en definitiva de derechos y libertades.

Resulta curioso comprobar que si bien el nivel de afiliación o asociaciones voluntarias puede considerarse por regla general como un factor positivo en cuanto a la disminución del síndrome del «amoralismo familiar», en ocasiones sus efectos pueden operar en sentido contrario. Como los estudios de los problemas de urbanización y desarrollo urbano han observado, la vinculación a asociaciones de inmigrantes sirve las más de las veces no para contribuir a integrar al recién llegado a su nuevo medio ambiente, sino para aislarle de éste, manteniéndole en unos comportamientos tradicionales que constituyen un poderoso obstáculo al cambio de mentalidades requerido y en definitiva al cambio social comunitario. La experiencia en Estados Unidos de las «Little Italy», «Chinatowns», «el Barrio» y demás así lo demuestra hasta la saciedad.

De donde cabría deducir que no siempre esta afiliación a organizaciones secundarias es necesariamente beneficiosa ni correla positivamente en todos los casos con el nivel de desarrollo urbano y social. En el fondo se trata de un mecanismo de defensa, pero sus efectos pueden retardar incluso durante varias generaciones los efectos de la adaptación al medio urbano, con todas sus consecuencias.

Sin embargo, en términos generales, el grado de adscripción de los inmigrantes a determinadas asociaciones voluntarias, y en particular a las asociaciones de vecinos o residentes, constituye un indicador claro no sólo de su integración, sino de su *autoconsideración como ciudadano y no como súbdito.*

Esta transición no siempre se produce en la primera generación, dándose en cambio mucho más frecuentemente en la segunda y a partir de ésta. Operan aquí una serie de factores, entre los que destacan la influencia de grupos de amigos y parientes establecidos desde tiempo atrás en el medio urbano, nuevas relaciones primarias y secundarias, nueva información procedente de los medios de masas que despierta nuevas expectativas, contactos más o menos esporádicos con agentes o miembros de sindicatos y partidos políticos y, en general, apertura a los efectos de agencias «modernas» de socialización. En esta segunda fase, el inmigrante puede comenzar a interesarse por los problemas de su barrio o vecindad e incluso a contemplar no tan remotamente como antes los de su región o país. La importancia de los «caciques» y otros agentes de tipo tradicional disminuye en consecuencia.

En un momento ulterior, por lo regular no ya en la primera generación de inmigrantes, sino en las posteriores, el nivel de expectativas puede aumentar respecto al de consecuciones y plantearse finalmente problemas subjetivos no muy diferentes de los que mencionábamos respecto a los habitantes de países desarrollados. En consecuencia, el grado de exigencia —o demanda— hacia las autoridades urbanas y políticas puede aumentar y alcanzará más o menos éxito en función de tres factores consecutivos: 1) el protagonismo de ciertos grupos secundarios para plantear como legítimas tales demandas, en cuanto aspiraciones colectivas; 2) la actitud receptiva o no de las mencionadas autoridades para procesar y, al menos parcialmente, asumir las reivindicaciones; 3) la capacidad de estas autoridades para satisfacerlas una vez aceptadas como legítimas.

Naturalmente, el hecho de que el sistema político sea pluralista o autoritario influirá decisivamente en el proceso o rechazo de estas demandas y en los subsiguientes efectos retroactivos.

En resumidas cuentas, el grado de anomía y de consecuencias sociopolíticas de la problemática urbanística dependerá del papel de ciertas organizaciones colectivas ciudadanas y no menos de la disposición de las autoridades político-administrativas para implementarlas. Téngase en cuenta que incluso dentro de un mismo sistema político pueden darse importantes diferencias, según el grado de subdesarrollo, en cuanto a la información y subsiguiente asunción como legítimas de tales demandas. Y ello ocurre hasta en sistemas autoritarios, como reiteradamente se ha comprobado¹⁶.

Cualesquiera que sean las actitudes de las autoridades políticas, a largo plazo las reivindicaciones urbanas no pueden quedar sin respuesta. Si no se canalizan institucionalmente, las consecuencias se diferirán, pero no se evitarán. En la medida en que se cumplan los dos factores citados por Olives en cuanto al éxito de los movimientos sociales urbanos, ni siquiera los sistemas autoritarios serán capaces de impedir el planteamiento de situaciones de tensión, inevitablemente degeneradas en consecuencias políticas. Tales factores, en resumen, consisten en la importancia de las cuestiones planteadas y el grado en que una «base social» llega a transformarse en una «fuerza social». Si ésta alcanza una considerable movilización y difusión, los efectos conseguidos serán más rápidos y mayores. La dilación por parte de la administración ciudadana o local sólo conseguirá, a plazo no muy largo, radicalizar lo que en su momento pudo ser una mera reivindicación por medios pacíficos¹⁷.

Conclusiones

Las aportaciones de una abundante serie de autores en torno a la problemática de la inmigración y su impacto en la urbanística, a más de los citados anteriormente¹⁸, llevan a establecer, aunque sólo sea a título orientativo, algunas conclusiones.

Ante todo, es claro que la entrada del inmigrante rural al medio urbano tiene efectos cualitativos y cuantitativos muy distintos según los países y los regímenes

¹⁶ Por ejemplo, véase J. CAZORLA, *Algunos aspectos sociopolíticos en las desigualdades regionales españolas*, en el reader coordinado por este autor *Problemas del subdesarrollo: aspectos sociales y políticos* (Granada: Caja de Ahorros, 1978). La destrucción de ciertas ciudades de irrepetibles características histórico-artísticas, como Granada, no se ha producido, bajo el mismo régimen político, en otros centros urbanos, como Barcelona por ejemplo, cuya burguesía, con todos sus defectos, respetó ciertas tradiciones a las que no fueron sensibles los "nuevos ricos" andaluces.

¹⁷ OLIVES, J., *La lutte contre la renovation urbaine dans le quartier de la "Cité d'Alfarte"* (París), 1972 (citado en PICKVANCE, C. G.: "On the Study of Urban Social Movements Papers", *Revista de Sociología*, n.º 3, Universidad Autónoma de Barcelona, 1974).

¹⁸ Véanse, por ejemplo, SENNETT, R., *Vida urbana e identidad personal* (Barcelona: Península, 1975); A. G. BIER, *Crecimiento urbano y participación vecinal* (Madrid: C.I.S., 1980); P. H. CHOMBART DE LAMVE, *Hombres y ciudades* (Barcelona: Labor, 1976); CASTELLS, M., *La intervención administrativa en los centros urbanos de las grandes ciudades* (Papers, *Revista de Sociología*, n.º 11, Universidad Autónoma de Barcelona, 1979).

políticos imperantes en éstos. En la medida en que éstos se encuentran más desarrollados y son más pluralistas, poseen canales de procesamiento de las demandas que, no siempre eficaces al ciento por ciento, permiten un mejor nivel de vida a los inmigrantes y en general a los trabajadores. Otra cosa es que tal sistema provoque una cadena de reacciones en que desempeña un papel trascendental el grupo de referencia «o las aspiraciones provocadas y a la vez frustradas», lo que puede dar lugar a graves tensiones sociales e incluso a violencia comunitaria en determinadas circunstancias. No hay, en suma, una correlación total entre los grados de desarrollo político-económico y los procesos de integración urbana.

En el extremo opuesto, muchas comunidades, por ejemplo en Latinoamérica, no presentan por el momento problemas de inmediata gravedad, pero potencialmente y en la medida en que crezcan las expectativas de su irrefrenable aluvión de nuevos habitantes o surjan segundas y terceras generaciones de éstos, las demandas aumentarán su presión en términos irresistibles. Entre ellas la aspiración a una equitativa oportunidad de alcanzar un empleo será cada vez más enérgica. Si una serie de movimientos urbanos consiguen canalizar paulatinamente estas demandas, su presión puede resultar irrefrenable incluso en países que partan de un concepto autoritario de la política. Todo es cuestión de tiempo.

Por ello no se debe partir del supuesto de que los conflictos urbanos son resultado de una situación artificialmente creada: por el contrario, surgen de la toma de conciencia, individual o colectiva, de un derecho a participar en unos bienes comunes que durante siglos han sido patrimonializados por unos pocos. Por la misma razón, la definición de las necesidades la hace cada comunidad por sí sola, y no suelen serle aplicables o trasplantables fácilmente fórmulas o esquemas de otros países, con circunstancias a menudo muy distintas. En este sentido parece claro que la planificación urbanística debe atender no ya sólo a proveer de unos servicios de mínima capacidad y dignidad a sus habitantes, sino a *proporcionarles sobre todo empleo y uso racional del ocio*. Cualquier esquema urbanístico que se acometa no puede pasar por alto la importancia de ciertos centros sanitarios, educativos, culturales y juveniles, a la vez que zonas de recreo y oportunidades de trabajo. Las demás fórmulas pueden ser respetables sobre el papel pero contraproducentes en la práctica¹⁹.

Y en todo caso los gobernantes harán bien en tener muy presente que no se trata de evitar problemas, sino de que su deber es estimular la participación y fomentar la desigualdad de oportunidades en favor de quienes durante demasiado tiempo han sido los menos favorecidos. Cualquier otra política sólo sería calificable de paternalista, oportunista o, en el mejor de los casos, meramente coyuntural. Pero como decíamos anteriormente, en ningún caso convertiría a lo urbanizado en urbanístico.

¹⁹ Quizá uno de los mayores ejemplos a este efecto a nivel mundial, sea el caso de Brasilia. Las maravillosas concepciones arquitectónicas de tantos de sus edificios contrastan agudamente con los barrios de chabolas y viviendas miserables surgidas a su alrededor de inmediato, y que respondían a una realidad vida y *no planificada* ni resuelta.

CRITICA DE LIBROS